

MARIÁNGELA URBINA CASTILLA

MI NAVIDAD EN UN PSIQUIÁTRICO

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2018, Mariángela Urbina Castilla

© 2018, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 # 7-60, Bogotá

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN 13: 978-958-42-7433-5

ISBN 10: 958-42-7433-3

Impresión y encuadernación:

HAY QUE IR EN LIMOSINA
AL LOQUERO

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

ESTOY SENTADA EN UNA SILLA PLÁSTICA, frente al puesto de enfermería de la Unidad B de la Clínica Thompson. Eso significa que las doctoras que me recibieron anoche creen que estoy medianamente jodida. En la A, duermen los enfermos mentales más graves. En la C, los menos problemáticos o los que ya van de salida. Así que yo estoy medianamente jodida, buen descubrimiento.

Curiosamente, mi vida anda bien. Vivo del periodismo, aunque me habían dicho que eso no era viable, me doy gusto comprando una camisa o un cintillo de colores cada dos meses, me gradué con honores a los veintiuno, como quería, en tiempo récord. Peso cuarenta y seis kilos luego de una dieta orgánica que me dejó con la cintura de mis sueños. El problema es que afuera no es lo mismo que adentro cuando hay algo que está roto. Me lo dijo J con otras palabras, ya no las recuerdo.

No me voy a detener aquí. No por ahora. Sólo diré que muchas cosas pasaron ayer y, al final del día, me quise morir un poco.

—¿Por qué te detuviste? —me preguntó la psiquiatra a la una de la mañana.

—Porque sólo me quería morir un poco, no del todo.

—¿Qué significa eso?

—Que no me quiero morir de verdad. Quiero saber qué viene en mi vida. Me puede la curiosidad.

Estoy aquí, sentada al frente de las enfermeras de la Unidad B, porque si vuelvo al cuarto la ansiedad me comería, parte por parte, cortando fino.

Escribo en este diario para ayudarme a calmar el cerebro. Anoche dormí bien. Entré a la clínica en la madrugada, y luego de firmar una autorización para internarme me dieron una pepa diminuta. Con esa pequeñez se apagó el dolor intenso, el miedo, la angustia corrosiva de no tener la suficiente grandeza para que estar en una clínica psiquiátrica me vuelva alguien especial y no un fiasco que ya cumplió veintidós años, alguien que ya perdió su Forever 21 para siempre.

Nada me resultó molesto antes de salir de mi casa. Empaqué una pijama y un par de pantis en una bolsa pequeña. Tenía a J al teléfono y él, muy a su estilo, con su humor negro, contagioso y punzante, me dijo: «Pide un Uber Black. Hay que ir en limosina al loquero». Nos reímos. Qué bien le sonó.

Le hice caso, como casi siempre. Pedí el carro, gracias a que ya soy una mujer posmoderna con un minicupo en su tarjeta de crédito. Me sentí grande, un tanto adulta, al solicitar un Uber a mi nombre y con mi dinero. Llamé al timbre una vez, dos veces y tuve miedo de haber llegado a la sede equivocada. Si aquí no es, no será en otro lado. «No voy a insistir más», me dije. En medio de mi languidez, me desdoblé para buscar ayuda. No es justo hacer más esfuerzos esta noche. No quiero dar más vueltas en un carro de Uber ni en la vida.

APAGAR EL FUEGO

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

—¿BUENAS NOCHES? —DIJO EL PORTERO DE pronto, por el citófono, casi a la medianoche.

—Vengo a una consulta prioritaria.

Hay una mirada particular que comparten los empleados de la Clínica Thompson. La percibí en el minuto cero, en los ojos del portero, y la he seguido encontrando en los ojos de algunas enfermeras, doctores y terapeutas. Es una manera de mirar que se esfuerza por no juzgar, que se esfuerza por ser amable, pero se nota el esfuerzo. Es evidente que algo piensan de uno pero no lo dicen, y que se sienten superiores a los pacientes. Así me miró el portero.

—¿Viene sola?

—Sí.

—¿Viene sola? —insistió.

La jefe de enfermeras, una mujer hermosa y buena, apareció para preguntarme muchas cosas. Uno de mis talentos es encontrar bondad o maldad en la gente al primer contacto. Llevaba labial lila en los labios, delineador delgado y las pestañas crespas, un poco por naturaleza, un poco por la pestañina. Sus ojos aguamelados tenían la fuerza expresiva de las mujeres bogotanas que nos sorprendió hace seis años, cuando llegamos a la ciudad. «Las rolas tienen el cuerpo feo y los ojos lindos», concluyó mi mamá a la semana de vivir aquí.

Me gustó como me miró con esos ojos, me sentí cómoda en su compasión. Su actitud recatada parecía más el resultado de un proceso de identificación conmigo que la habitual lástima por el desfavorecido que sienten los cuerdos y los ricos de la capital. Su cuestionario o, mejor, el triaje de la Clínica Thompson incluía preguntas como «¿intentaste quitarte la vida?». Es el cuestionario más particular que me han hecho. Aun así, gracias a la bondad de la enfermera desconocida —la primera profesional en recibirme en lo que parecía el fin del mundo— me sentí confiada, en el lugar adecuado, en el momento justo. «No, estar aquí no me vuelve un fracaso, tranquila», pensé al conocerla. Si las personas entendieran el poder que tienen en la vida de los otros, todos miraríamos y escucharíamos como lo hizo esta enfermera conmigo. Y dejaríamos de mirar como lo hizo ese portero conmigo.

—Me llamo Tatiana. Por favor sígueme, Mariángela —dijo de pronto una doctora muy joven.

No confundió mi nombre. Ni María Ángela, ni Ángela, ni Ángela María. Es real que se esfuerzan en la Thompson. Pero ella no era la doctora verdadera. Ella era la estudiante, la residente de Psiquiatría. Me faltaba un eslabón más para ingresar al otro lado del mundo.

La verdadera doctora, la profesora de Tatiana, apareció al fin, un rato después de haber iniciado la consulta. La estudiante le resumió a su manera una historia que yo le había contado con nombres, apellidos y torpes figuras literarias: depresión, ansiedad, ruptura, duelos, disfuncionalidad.

—Esto va a ser un proceso largo —dijo la doctora verdadera.

—¿Qué tan largo?

—No sabemos. Veo que trajiste un morral con ropa. Viniste a quedarte, ¿cierto?

—Pensé que, tal vez, podría quedarme. No sé...

—Muy bien. Te mereces la oportunidad de quedarte aquí para apagar el fuego.

«Apagar el fuego» fue una buena frase, convincente. Después me tocó llamar a mi mamá. Por protocolo de la clínica, debía avisarle a ella o a otro familiar cercano. Así nomás, de entrada, mi plan de hospitalizarme a escondidas era inviable. Siempre duerme con su celular apagado, pero esa noche, a esa hora de la madrugada, contestó con el primer repique.

¿Cómo así que una clínica psiquiátrica?

Dijo aún dormida, aún perdida.

Nena... ¿Qué?

Dijo despertando.

¿De qué clínica me estás hablando? Yo nunca había oído eso.

Dijo totalmente despierta.

Esto no. Qué es esto. Y yo tan lejos.

Dijo ya llorando, con un llanto sonoro, y con un quiebre en la garganta definitivo.

Mi mamá había viajado a pasar Navidad allá, en el Infierno, donde siempre. Me insistió en que viajara con ella o en quedarse conmigo.

—No. Quiero aprovechar para estar sola —respondí sin dar lugar a discusiones.

La psiquiatra pasó al teléfono. Intentó calmarla. No lo logró.

—Quiere hablar contigo de nuevo.

Levanté la mano para tomar el celular. Antes de entregármelo, la doctora me miró a los ojos.

—No te demores. Corta rápido —me dijo.

Al otro lado de la línea, mi mamá era la enemiga de la ciencia:

No entres a ese lugar.

Déjame llamar a una de las Marías.

¿María está en Bogotá?...

¿Nena? ¿Qué te pasó? ¿Qué pasó?

¿Es J?

¿Es J arrastrándote a sus problemas otra vez?

Es él, ¿cierto?

Dios.

Dios mío.

Es que como todo el mundo se va de Bogotá en estas fechas.

Déjame llamar a alguien y que te recojan ya mismo.

Le pido a quien sea que se quede contigo esta noche.

No. Entres. A. Ese. Lugar.

¿Vas a entrar? Tú vas a entrar, ¿cierto?

Yo viajo. Regreso ahora.

Sí, no me digas que no.

Sí. Es. Necesario.

Cuídate mucho, mi amor.

Recuerda que te amo.

No alcancé a escribirle nada a nadie, a mi jefe (por ejemplo), o a dar explicaciones suficientes a quienes irían a preguntarse cosas al verme desaparecer de la faz de la Tierra. Todo parecía tan normal en mi mundo de afuera. Tal vez no había siquiera colgado con mi mamá cuando el enfermero ya estaba ahí, exigiéndome apagar el celular. Se lo llevó con el resto de mis cosas. No hubo tiempo para dudas de último minuto, ni para terceras despedidas, ni para lloriqueos con J.

La puerta del consultorio está conectada con la clínica. Tan pronto la abrieron empecé a llorar con lágrimas frágiles, dóciles, silenciosas. Era de ellos. Perdía el control por primera vez. Estaba entrando a un psiquiátrico.

Y aquí empezamos:

¿Será esto un manicomio? ¿Un manicomio como el de las novelas mexicanas? ¿Se me va a acabar la vida por entrar aquí? ¿Me van a echar de la revista? ¿Van a decir que estoy loca? ¿Voy a perder todo lo que he logrado por una decisión impulsiva?

La doctora alcanzó a responder el mar de preguntas que nunca hice en voz alta:

—El cine y la televisión nos hacen muy mala fama. Te juro que puedes estar tranquila. Te vamos a cuidar.

Me sorprendió que tuviera la capacidad de decir exactamente lo que necesitaba oír. Con mi mamá no he encontrado últimamente la misma satisfacción. «Ay, mi mamá», pensé cuando empezó a llorar al otro lado del teléfono. Escuchar a la doctora, en cambio, me remitió a la paz efímera que, en días difíciles, sólo encuentro en cuatro cosas: el olor de la tierra mojada después de las tormentas, los 0,54 segundos que dura el video del perro lamiendo con ternura la cara del bebé recién nacido en Instagram, la voz de Aretha Franklin cantando *Chain of Fools* y la voz de Beyoncé, sentada sobre sus rodillas, frente a un público de niños con cáncer a quienes les canta *Halo*. Uno ve eso y se alivia. Después vuelve el caos.

Caminé con el enfermero por un pasillo de paredes blancas, oscuro y frío. Subimos las escaleras y en el segundo piso me esperaba de nuevo la jefe de enfermería. Ella me entregó mi pijama. Estaba marcada con una tira

de papel blanco que llevaba mi nombre. Había algo ajeno en esa pijama, que hasta la noche anterior había sido tan mía. Era mi pijama, la de color azul, flores blancas y puntos rojos, la que yo misma guardé con el resto de ropa unas horas antes en mi maleta. Pero decía «Mariángela Urbina», y si bien es mi nombre, y seguro se lo pusieron para que no se confunda con la de otra paciente, la sentí extraña. Al verla marcada, se me hizo la pijama de alguien más. La pijama de una Mariángela Urbina que vino a internarse a una clínica psiquiátrica en un impulso.

Me instalaron sola, en una habitación al fondo del pasillo.

Intenté entrar al baño para lavarme la cara, pero en la Unidad B de la Thompson los baños permanecen cerrados con llave.

—Si necesita entrar —dijo otra enfermera—, viene al puesto de enfermería, nos avisa y le abrimos.

Me dio pereza. Decidí irme a dormir.

—Tenemos que requisarla primero.

—¿En dónde?

—Aquí —afirmó la enfermera señalando el baño. Entró conmigo y me pidió quitarme la ropa.

—Debe quitarse el resto —replicó, pues me detuve en la ropa interior.

Ahí tirité. Pero la ansiedad no estaba, ni la angustia. Me desnudé mirando al vacío.

Abrí los ojos a la mañana siguiente, cuando sentí un pinchazo en el brazo para hacerme una prueba de tiroi-des. Justo después llegó un hombre canoso, panzón y gafufo, con estilo de sabio griego.

—Voy a ser tu psiquiatra mientras estés aquí.

—Doctor, yo me quiero ir pronto. Sólo vine a desconectarme por un par de días. Pasado mañana tengo que volver a trabajar.

—Anoche no querías trabajar. Querías morirte un poco. Acabo de leer tu historia.

—No quiero perder mi trabajo.

—Anoche no pensabas en el trabajo. Si te hubieras cortado la muñeca, ¿habrías podido seguir escribiendo?

—Creo que ustedes no me entendieron bien. Yo no me quería morir en la práctica, sólo en la teoría.

—A ver. Entiendo que esta unidad puede ser un poco angustiante. Te pido que tengas paciencia. Ya di la orden para que pases a la Unidad C. Tú llegaste sola, como una muestra de que quieres estar bien.

—Vale. Pero le insisto, doctor: yo sólo tengo planeado quedarme 24 y 25, los días festivos. El 26 de diciembre ya debo estar de regreso en la revista.

—La doctora anoche procedió correctamente. Tú manifestaste deseos de lastimarte. Dejarte aquí era lo correcto. Te pido que tengas paciencia mientras desocupan una habitación en la C. Al mediodía ya debes estar instalada abajo.

—Bueno —respondí, intentando ignorar sus explicaciones no solicitadas.

—Vas a ver que en la Unidad C puedes ir al prado, caminar. Algunos pacientes incluso lo ven como un hotel de paso, es muy bonito. A mí, de hecho, no me gusta que sea tan bonito. La idea no es que se acostumbren, sino que salgan mejor de lo que entraron.

—Qué chévere eso, doctor. Pero así sea muy bonito, yo vine solamente a desconectarme del mundo por dos días.

—Seguramente te vamos a dar salida para que pases fin de año con tu familia. Regálanos al menos una semana para cuidarte y hacerte preguntas. ¿Va?

—Vale.

—Nos vemos más tarde, ya en la otra unidad.

—Oye, tengo una condición. Yo me quedo la semana que dices, pero... ¿puedes autorizar que me entreguen un cuaderno con un esfero en forma de muñeca que traía en mi morral? A ver si escribo algo, sería bueno.

—Sí... —dijo dudoso—. Puedes, pero procura no esconderte ahí.

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL